**126. El dinamismo misionero que nos imprimió el bautismo.**

Luis Van de Velde Comunidades Eclesiales de Base

El 22 de octubre de 1978 Monseñor Romero vuelve a escribir acerca de la responsabilidad Misionera en la Iglesia. Inicia relacionando la elección del nuevo papa, Juan Pablo II, con la celebración eclesial del Domund, Domingo mundial de las misiones. Monseñor entiende esa coincidencia entre el Domund y la elección de papa una llamada a la misión evangelizadora: *“el grave deber pastoral de hacer eco al grito más apremiante de la Iglesia de Jesucristo.”* Comentaremos dos pensamientos de Monseñor.

*“En la Iglesia – pueblo de Dios nadie es extranjero en ninguna parte del mundo. Respetando la idiosincrasia de cada pueblo y adornándola de nuevos y más altos valores, la evangelización misionera está realizando el proyecto de Dios, Padre de todos los hombres (y mujeres): dar unidad de familia a la pluriforme variedad a todas las razas.”*

Monseñor capta bien la tremenda responsabilidad de respetar la idiosincrasia de cada pueblo para poder evangelizar de verdad y para que los pueblos puedan escuchar la buena nueva en su propio lenguaje y su propia cultura. Sin embargo, la realidad histórica de la Evangelización ha sido bien diferente. Quizás solamente en el primer siglo de la Iglesia se logró verdaderamente una inserción y relectura del Evangelio en la cultura greco-romano, saliendo del encierro de la cultura hebrea. Sin ese paso la Iglesia se hubiera estancada como una secta judía. Lastimosamente esa romanización (en el imperio romano y la cultura greco romana) fue concebido como punto final y norma definitiva para el modelo de iglesia, para el lenguaje de la Iglesia, para la liturgia de la Iglesia, para la simbología eclesial. Las experiencias de los Franciscanos (entre los siglos XIII y XIV) y de los Jesuitas (con Mateo Ricci a partir de 1582) en China, de los Jesuitas (Francisco Javier a partir de 1549) en Japón, la llegada de los misioneros europeos al continente Africano no han desarrollado esos procesos de inculturación de la Iglesia. Se empezó a vivir el único modelo romano, el latín y el rito romano de los sacramentos. En el mejor de los casos se dieron algunos adornos de la cultura local, sin afectar en nada la evangelización en términos de la Iglesia romana con su estructura, sus códigos, sus tradiciones, sus dogmas, sus ritos, sus oraciones, sus cantos (gregorianos), etc. Es solamente después del Concilio Vaticano II que se empezó a realizar algunos pasitos de inculturación en la liturgia, en la lectura bíblica en idioma local,… En América Latina sin embargo hemos vivido la destrucción de la cultura (y la religión) de los pueblos originarios con la imposición del modelo de la Iglesia romana de España y de Portugal del fin del siglo XV y siglo XVI, con sus tradiciones religiosas. En las iglesias en América Latina observamos muy pocas experiencias de real inculturación del Evangelio de Jesús. Retomando el mensaje de Monseñor Romero, creemos que nos urge buscar nuevas formas de evangelización, de liturgia, de modelos de Iglesia.

Para el segundo punto de reflexión retomamos el título que hemos puesto a este escrito. “*El dinamismo misionero que nos imprimió el bautismo*” Cada bautizado/a tiene la misión evangelizadora. Si uno abre un poco los ojos, se observa que la sociedad salvadoreña no es una sociedad cristiana, a pesar del mal uso y el abuso de muchos símbolos cristianos y del lenguaje religioso que esconde la no comprensión del mismo. Se podría iniciar con los 10 mandamientos. Si pusiéramos los 10 mandamientos del Antiguo Testamento antes de la Constitución (por cierto, elaborada por la mayoría de partidos de derecha en plena guerra contra el pueblo), viviríamos en un verdadero paraíso: sin mentiras, sin corrupción, sin robos, sin extorsiones, sin asesinatos, con pleno respeto entre madres / padres e hijos/as, etc. Así que nadie puede decir que no hay que asumir la misión evangelizadora que nuestro bautismo nos ha impreso en nuestro corazón (o alma si se quiere llamarlo así). Realmente la patria está en pecado. Y si añadimos todavía a todas las personas de nuestro entorno que sufren por muchas razones, tenemos más que suficientes razones porque asumir de lleno nuestra responsabilidad de ser misioneros/as, de salir de los templos y de las reuniones, para ir en búsqueda de otras personas, otras familias que esperan encontrar a alguien que escucha, que no condena, que ofrece una mano amiga y solidaria, que desea acompañar y ayudar a cargar la cruz. Monseñor Romero nos recuerda que la auténtica evangelización es la misión que brota de nuestro bautismo. Es decir, tiene que ver con ser o no ser cristiano/a. (23 de diciembre de 2019)